

Charla con Augusto Roa Bastos

El escritor supremo

Elena Poniatowska

El próximo 13 de junio se cumplirá el centenario del nacimiento de Augusto Roa Bastos. Aunque no compartió los reflectores y la fama de los principales exponentes del Boom, el escritor paraguayo legó una obra narrativa de primer nivel, en la que destacan Hijo de hombre y Yo el Supremo, como explica Elena Poniatowska, la autora de Tinísima, quien recupera una conversación que sostuvo con Roa Bastos.

Cuando entrevisté a Augusto Roa Bastos en 1974, había sido invitado a nuestro país como jurado del Premio México junto a Juan Marsé. Chaparrito, narigón, los ojos tristes, Roa Bastos era la imagen misma de la modestia; a todo mundo trataba de “don”: don era el mesero, el taxista, el bolero. Tenía una gruesa camisa de lana a pesar de que en el hotel la calefacción central nos enrojecía como jitomates; a él no, claro está, sino a su esposa Amalia, a Margarita García Flores y a mí, que sentada al lado de Margarita aguardaba mi turno para entrevistarlo. Roa Bastos tenía los ojos rojos de leer novela tras novela. Recuerdo que entre los finalistas mencionó los nombres de Haroldo Conti (secuestrado y desaparecido por la dictadura argentina dos años más tarde) y de Jorge Ibargüengoitia.

Mi gran amiga inolvidable y bendecida, Margarita García Flores, me ofreció ir a entrevistar a Roa Bastos a su hotel en el Centro frente a la Alameda. No iba yo nada preparada, nunca había leído un libro suyo, confundía Paraguay con Uruguay y quien hizo las mejores preguntas y por lo tanto llevó la batuta de la entrevista

fue la universitaria Margarita García Flores, que poco tiempo después se convertiría en la jefa de prensa de Difusión Cultural de la UNAM y en la directora del periódico *Los Universitarios*. Durante la época de Margarita, *Los Universitarios* alcanzó una altura que antes no tenía y, en 1968, Margarita fue un ángel de la guarda de muchos estudiantes y acompañó a Rosario Castellanos en todo momento. Con su sonrisa, su mirada traviesa y un poco irónica, su inteligencia a toda prueba, Margarita lograba en los altos pisos de la torre de Difusión Cultural de la UNAM todo lo que se proponía. En esa época, la mejor amiga de Carlos Monsiváis se convirtió en un centro de información por sí misma. Compartía el sentido del humor de Carlos y sabía tanto de cultura popular como él. Disfrutaba acompañarlo en sus correrías nocturnas y lo ayudaba a tomar nota de todo lo que sucedía en Las Veladoras y en El Tenampa.

Margarita publicó su entrevista con Roa Bastos en su excelente libro de diálogos que Sergio Pitol celebró a grandes voces: *Cartas marcadas*. La mía se publicó en *Novedades*, que ya desapareció.

Este 2017 se conmemora el centenario de Augusto Roa Bastos y sin duda Latinoamérica lo festejará a lo grande porque su obra es uno de los pilares de nuestras letras. Desde sus primeros cuentos reunidos en *El trueno entre las hojas* hasta sus novelas *Hijo de hombre* y *Yo el Supremo*, Roa Bastos cosechó tanto lectores como críticos que consideran su literatura clave para entender el siglo XX latinoamericano. Como un homenaje a su centenario, reproduzco aquí parte de la entrevista que Roa Bastos me concedió entonces:

Señor Roa Bastos, usted que escribe libros muy arraigados en su patria, ¿por qué no vive en Paraguay? ¿Por qué en Argentina? ¿El suyo es un exilio forzado o voluntario?

En el comienzo fue un exilio forzado. En 1947 hubo un levantamiento armado en Paraguay, en el momento en que yo era jefe de redacción de un periódico opositor, *El País*, de Asunción, la capital de Paraguay, lo que me valió el exilio, y desde entonces se convirtió en voluntario porque ocurre que yo dejé Paraguay siendo muy joven y toda mi obra ha sido escrita en Buenos Aires, donde radico desde 1947. Incluso mi esposa es argentina.

Entonces, ¿usted nunca va a regresar a Paraguay?

Yo regreso a Paraguay de tanto en tanto; justamente ahora, después de México iré a Paraguay y haré además un viaje por países de América Latina porque me parecen un gran escenario de los hechos que están aconteciendo en el mundo. América es el continente donde la

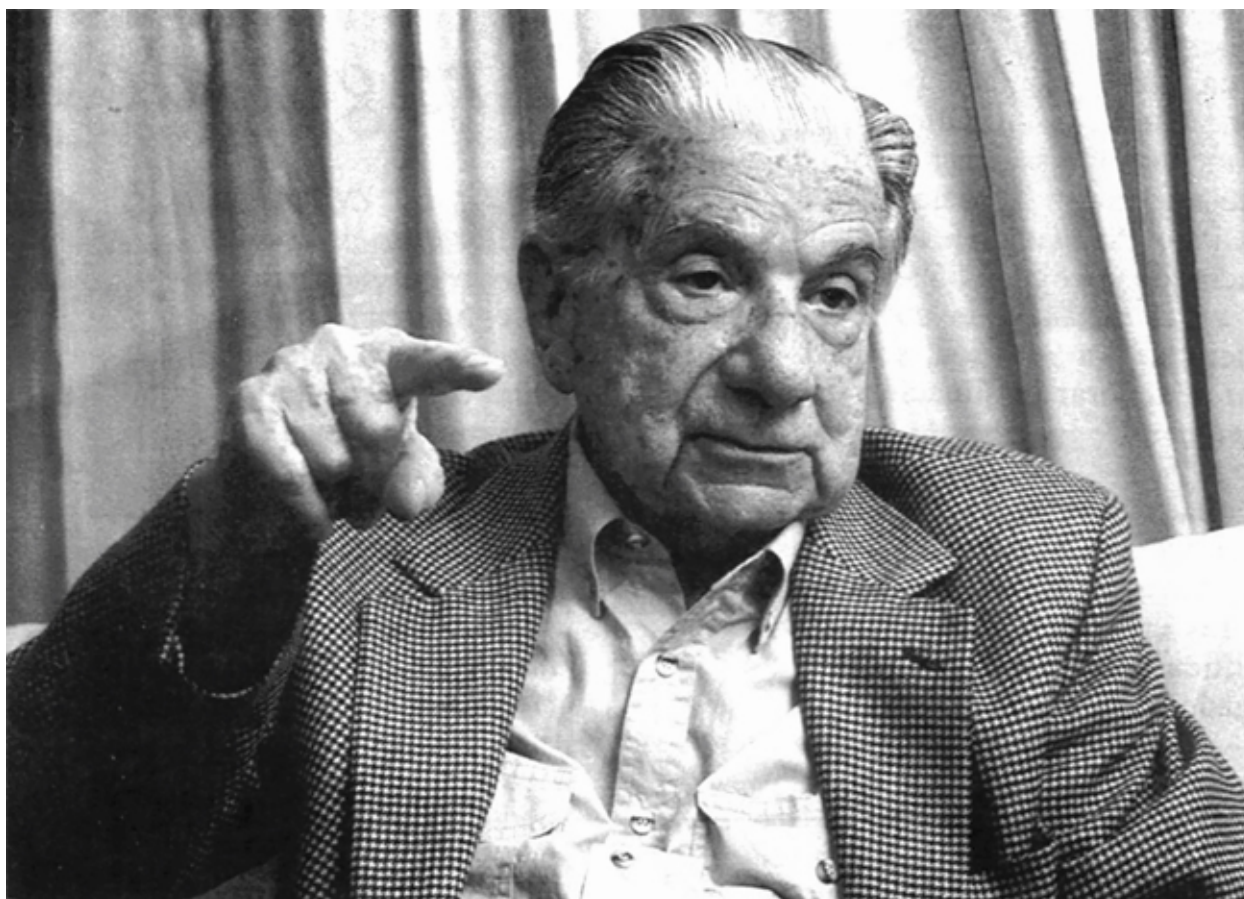
historia contemporánea se está realizando con más intensidad; quiero conocer América Latina y luego volver a Paraguay y trabajar con los jóvenes. Paraguay está viviendo una encrucijada: el riesgo de la penetración brasileña, y por eso quiero reunirme en mi país con los jóvenes, dar cursos en la universidad y, a través de ese trabajo, hacer mi pequeño aporte a Paraguay. Yo estaba invitado a la Universidad de Poitiers a través del Departamento de Literatura Hispanoamericana, pero creo que debo regresar a Paraguay.

¿Y por qué cree usted que haya esa fijación en la literatura de hoy por la figura del dictador? La hubo, claro, desde Miguel Ángel Asturias. La hay en Alejo Carpentier con El recurso del método; en Gabriel García Márquez con El otoño del patriarca; en Carlos Fuentes en su maravilloso La muerte de Artemio Cruz y también en usted.

Usted sabe que esos misterios son impenetrables. Probablemente en este momento de cuestionamiento general en lo político, la figura del dictador es un signo muy rico, muy sugerente para la construcción de novelas.

¿Una moda?

No creo que sea moda; por lo menos en mi caso está determinado por una necesidad interna. Después de diez años de estar en la inacción total con respecto a la literatura por una crisis de conciencia frente al valor de la literatura, este tema del dictador supremo, ese dictador perpetuo del Paraguay que fue José Gaspar Rodríguez



Augusto Roa Bastos

de Francia se me impuso como una transacción en esta especie de ruptura con la literatura. Y entonces me empecé en trabajar en *Yo el Supremo*, y no como autor sino como compilador que es lo que declaro al final en una nota que está integrada al texto.

¿Y a qué se debió su crisis de conciencia? ¿Pensó en la inutilidad de la literatura en países tan muertos de hambre como los nuestros?

A mí me parecía que, dentro del contexto sociocultural latinoamericano, el hecho de escribir novelas era rezagarse frente a otras actividades de tipo cultural e intelectual pese al surgimiento de una corriente novelística muy poderosa, muy importante y de escritores de primer orden. Esta crisis de conciencia es un fenómeno puramente personal que probablemente haya surgido de mis propias limitaciones, de manera que no puedo adjudicarlo a otros escritores latinoamericanos. Dejé de escribir, simplemente.

¿Y qué hizo?

Elaborar los textos mentalmente en una especie de sonambulismo literario y así viví diez años, pero el producto de esos diez años fue la decisión de escribir *Yo el Supremo*, mi última novela, que surgió, como le decía, de mi crisis de conciencia con respecto al valor o a la eficacia de la literatura para resolver los problemas concretos de nuestro mundo contemporáneo.

¿Usted cree que para un escritor es mejor nacer en París que en Asunción? (Sonríe irónicamente y Margarita me echa ojos de reproche).

Yo creo que eso es aleatorio, anecdótico; no tiene absolutamente ninguna importancia. Yo nací en Asunción, Paraguay, en una ciudad totalmente agreste, desconocida, inexistente; es probable que sea menos existente que “Las ruinas circulares” de Borges y, sin embargo, estoy aquí conversando con usted, persona muy concreta, de manera que usted debe reconocer lo caprichoso de los designios.

Supongo, señor Roa Bastos, que ha de ser peor nacer en Managua que en Asunción.

Justamente tenemos el caso de Rubén Darío que nace en Nicaragua, un país que literariamente no tiene mayor trascendencia y que sin embargo ha servido para establecer todo un circuito de extensión de nuestra literatura que pasa por España, vuelve y se cierra en América Latina.

¿Usted cree que cada país de América Latina tiene su dictador? Nosotros ya tuvimos a Porfirio Díaz...

Desde *Tirano Banderas* hasta José Gaspar Rodríguez de Francia, el dictador de Paraguay, América Latina siempre ha sido víctima del imperialismo, no sólo del

norteamericano, sino de los imperialistas latinoamericanos, las potencias que actúan como agentes del imperialismo y que asfixian a los países pequeños.

Usted me dijo que José Gaspar Rodríguez podría ser un antecesor de Bolívar en la integración latinoamericana y que usted cree firmemente en que nuestros países podrían salvarse si se integran. En esa integración, ¿no se corre el riesgo de la supremacía de unos países sobre otros?

Sí, pero hablé de una integración en estados autónomos y soberanos y no de la supremacía de uno sobre otro.

Pero los peces grandes siempre se comen a los chicos.

Creo que la voluntad de los países latinoamericanos es hacia la unión y que tarde o temprano esta se dará.

¿Y qué opina del izquierdismo de los intelectuales latinoamericanos? Todos proclaman que son de izquierda salvo dos argentinos que se ufanan de lo contrario: Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo.

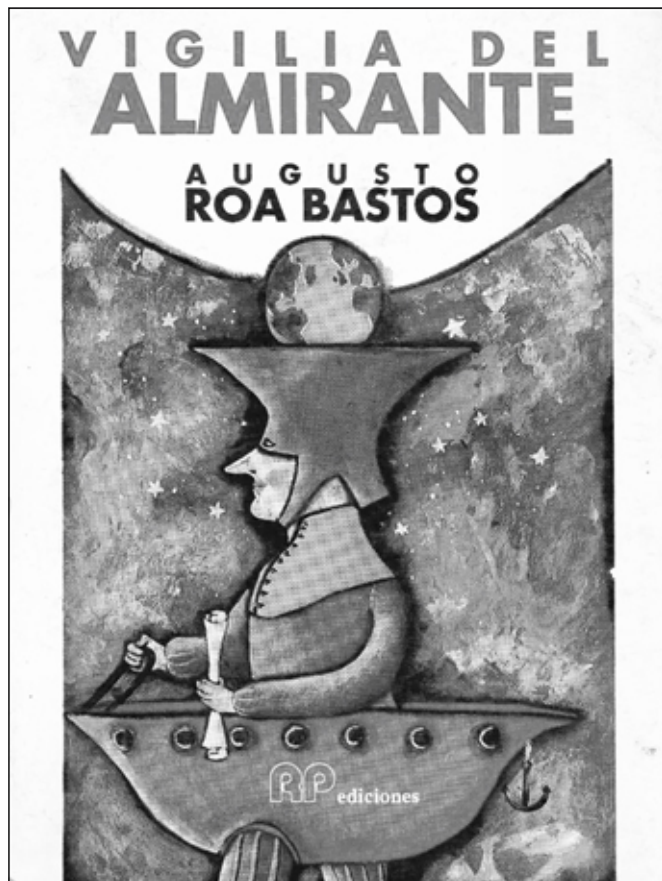
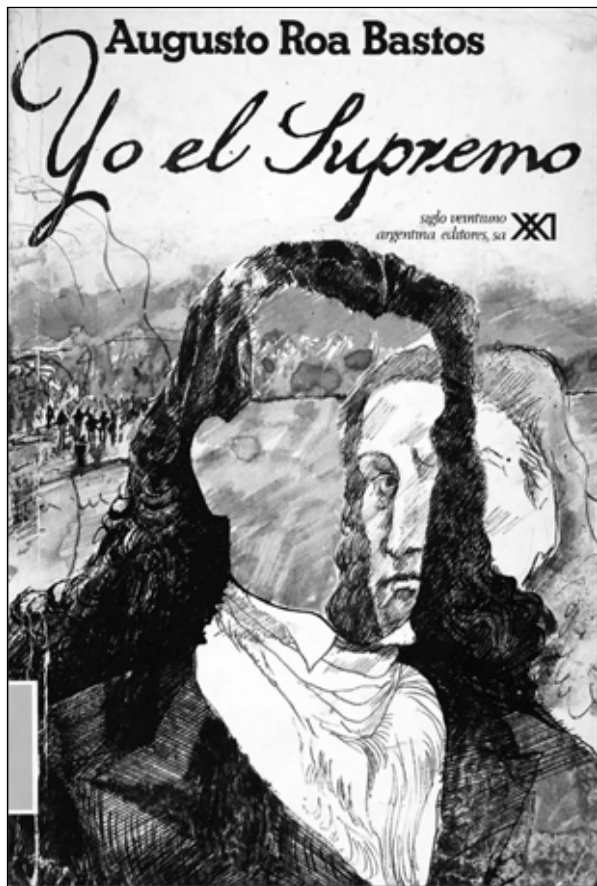
Yo creo que los escritores como ideólogos o como expositores de ideas políticas somos un fracaso, de modo que cuando se habla de esta autoproclamación de izquierdismo, no avanza mayormente en el mérito o en el demérito de un escritor. Somos, lo repito, un fracaso como expositores de ideas políticas. A un escritor yo creo que hay que buscarlo en el bosque de su propia obra, cazarlo ahí; fuera de ahí creo que es un animal inútil.

Bueno, pero Pablo Neruda siempre blandió su bandera de izquierda a lo largo de toda su vida.

¿Y puedo preguntarles, Margarita y Elena, su juicio con respecto al izquierdismo proclamado por Pablo Neruda? ¿Ha enriquecido específicamente su obra? No, al contrario. Es mucho mejor su oda a la cebolla que sus loas a Stalin. Entonces quiere decir que este mundo de los escritores tiene también una topografía bastante accidentada como la de la propia naturaleza y aquí caben las grandes cumbres como Pablo Neruda en su *Canto general*, y otros desniveles en el terreno artístico en el que hay vacíos y decaimientos muy grandes. A veces hay hasta ahogos y eclipses transitorios. Esto les ha sucedido a los mayores creadores, a un Pablo Neruda, a un Vallejo.

Bueno, pero una actitud reaccionaria sí disminuye la estatura de un escritor. Aquí, en México, Carlos Pellicer condenó públicamente la actitud política de Jorge Luis Borges y cuando en México recibimos a Borges hace un año, Pellicer se preguntó por qué teníamos tan mala memoria y no recordábamos que Borges había elogiado la actuación de Estados Unidos en Vietnam y había justificado esa guerra.

Justamente creo que Borges es el mejor ejemplo de lo que he dicho; un escritor como ideólogo, como ex-



positor de una ideología determinada demuestra en la generalidad de los casos lo equivocado que solemos estar los escritores cuando opinamos de política. Yo creo que a Borges hay que buscarlo también en la plenitud de su obra literaria y es ahí en los límites de su mundo como autor donde se encuentra su valor positivo. Por supuesto, nadie puede estar de acuerdo con las declaraciones reaccionarias de Borges, que en cierto sentido adolecen de contradicciones. A mí me dan la idea de que son una postura artificial no para “epatar” al lector desprevenido, sino como una especie de autodefensa para hacer una inmersión en mayor profundidad dentro de los problemas no solamente históricos y objetivos del hombre, también de su propio mundo existencial y ontológico. Borges para mí representa justamente ese fracaso del escritor, del literato que opina sobre política. Yo creo que en las obras de Borges no hay que buscar un valor político tampoco.

Entonces, ¿usted absuelve a Borges?

No, al contrario, no lo absuelvo ni de las contradicciones ni del espíritu reaccionario de sus declaraciones, no puedo absolverlo. Simplemente pienso que lo que va a quedar de Borges no son sus opiniones sobre política ni sus formulaciones acerca de cómo eliminar a los negros o su aplauso a la guerra de Vietnam; aseveraciones que únicamente se pueden sostener en un momento de delirio o de obnubilación de la razón. Creo que lo que va a quedar de Borges es todo aquello que está ligado a

la transformación revolucionaria de la literatura, y en este caso no se puede negar que Borges ha sido revolucionario; su aportación literaria a América Latina es importantísima; por eso creo que hay que hacer una salvedad radical entre Borges escritor y Borges rapsoda de opiniones políticas.

Señor Roa Bastos, ¿con qué escritor latinoamericano se siente usted más identificado?

Tengo dos escritores a quienes quiero mucho. Al margen del afecto personal por sus personas y sus mundos, admiro sus ficciones que para mí es una realidad tan válida y tan profunda como la realidad concreta: Juan Rulfo y José María Arguedas. Estos dos escritores han logrado incluir el idioma vernáculo dentro del castellano e integrarlo en su totalidad y creo que esto es revolucionario y es trascendental para nuestras letras...

Cuando Rosario Castellanos dictó un seminario en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM sobre las novelas que le parecían más importantes, le dedicó tiempo a *Hijo de hombre* porque le llamó mucho la atención cómo integra Roa Bastos el guaraní al castellano. Rosario dijo entonces que Augusto Roa Bastos era —sin lugar a dudas— uno de los mejores escritores del siglo XX latinoamericano y no se equivocaba. Roa Bastos habría cumplido cien años este 2017, al igual que su admirado Juan Rulfo, dos nombres que de extremo a extremo de Latinoamérica hicieron que nuestras letras volaran alto. **u**